

DON PEDRO AZEDO,

Y EL

PRINCIPE DE ARGEL.

PRIMERA PARTE.

EN la Ciudad mas alegre,
que alienta con sus reflexos
ese Farol luminante
de ese tachonado Cielo,
cuyas alfombras de estrellas
adornan el Firmamento,
que es la Ciudad de Alicante,
de España famoso Puerto
que hoy lo rige y gobierna,
el Rey Carlos Quarto nuestro,
Monarca Invicto de España,
cuya vida guarde el Cielo.
En fin en esta Ciudad,
que ya mencionada dexo,
de Padres nobles, y ricos
nació un bizarro mancebo,
es liberal, y entendido,
para las armas muy diestro.
Llamabase aqueste Joven
el Señor Don Pedro Azedo;
apenas tuvo veinte años
este noble Cavallero.
se enamoró de una Dama,
que era la hija de Venús,
un portento en hermosura
y de Palas un bosquexo.
Paseabale la calle
con amorosos anhelos,
siendo un lince de sus rexas,
y otro Argos en sus desvelos,
le escribió muchos villetes,
con muchos discretos versos,
dan-

dandole á entender su amor,
y la Dama conociendo
la firmeza de su amante
aguardó lugar, y tiempo,
y un Domingo por la tarde
estando tomando el fresco
en la puerta del Jardin,
vido venir à Don Pedro,
le aguardò con gran semblante
llegó, y se quitó el sombrero,
le hizo una cortesìa,
y le dice: amado dueño,
ó qué dichosos que han sido
mis ojos en este tiempo!
Pues han llegado à mirar
à tan peregrino objeto:
si mereciera, Señora
el ser tu querido dueño,
no hubiera cosa en el mundo
para mi de mayor precio:
le respondiò la Señora,
diciendole: Cavallero,
has de saber, que mi padre
tiene sumerced otro intento
de meterme Religiosa,
y yo ser Monja no quiero,
porque estoy determinada
á pagar vuestros desvelos:
llegad Señor, à mi Padre,
y pedirme en casamiedto,
con la respuesta que os diere,
luego despues nos verèmos.
Toda la tarde pasaron
con finezas, y requiebros,
y asi que llegò la noche,
alegres se despidieron;
fue el Cavallero á su casa
regocijado, y contento,
y asi que amaneció el dia
con gran cuydado, y anhelo
fue Don Pedro vigilante
à la casa de su Suegro,
llegó, y tocando á la puerta,
saliò á abrirle un Escudero,
le preguntò por su amo,
y le respondiò, diciendo:
en casa està su merced.
Diga usted á ese Cavallero,
que aqui està puesto á sus plantas
el Señor Don Pedro Azedo,
si me concede licencia,
pasaré luego allà dentro
á hablarle quatro palabras,
que traygo de mucho empeño.
Fue el Page, y subió el recado,
pero el bizarro Don Diego
lo recibió en una sala;
y con muchos cumplimientos,
sé saludaron corteses,
y declarando su intento,
Don Diego dixo: Señor,
yo tengo hecho el concepto
de meterla Religiosa,
pero no sè sus intentos;
y para que no dudeis,
ni en mi nunca pongais duelo,
aqui en presencia de todos
será bien que la llamemos:
llamó à su querida hija,
la qual acudió al momento,
mas blanca que una azucena,
y aun mas hermosa que Venus:
entrò en el quarto, y mirando
à su muy amado dueño,
disimuló quanto pudo,
y dice el anciano viejo:
Has de saber, hija mia,
que este noble Caballero
te ha pedido por su Esposa,
solo tu respuesta espero:
Respondió determinada
con un semblante alhagueño,
diciendole: Señor padre,
yo tengo hecho el concepto
de daros gusto cumplido
en lo que mandais, y es cierto,
que si es cosa que conviene,
yo estimo mucho à Don Pedro,
y lo tendrè por mi esposo,
siendo usted gustoso en ello.
Vien-

Viendo la resolucion,
entre los dos dispusieron
se efectuasen las bodas,
y tambien al mismo tiempo,
se dieron palabra; y mano
estos dos amantes tiernos;
querer contar las finezas,
solo á el silencio las dexo.
Despidieronse corteses,
y aquella tarde Don Pedro
solo se baxò á la playa
por divertir pensamientos,
y andandose recreando,
viò que abordaba en el Puerto
un Barquillo de Cosarios,
que traian prisioneros
quatro Turcos Argelinos,
y reparò el caballero,
que entre los quales venia
un vigilante mancebo,
tan dispuesto, y tan bizarro,
tan cortés como discreto
le dixo à el que gobernaba,
que si queria venderlo,
dicen que si, y lo ajustaron
en ciento y cinquenta pesos.
Tomandole por la mano,
lo entrò en casa de su dueño,
y le dice: amada prenda,
hoy he hecho aqueste empleo
que te he comprado un Esclavo
que te sirva de Escudero:
mira que lo trateis bien,
que es hombre de grande arresto
Lo recibió la Señora,
y quedò en casa el mancebo,
sirviendo tan lealmente,
que están los amos contentos;
mas un dia por la siesta,
en tiempo que està Don Diego
recostado allá en su cama,
pagando tributo al sueño
fue Don Pedro á ver su Dama,
y entró con algun silencio
mas à el pasar por el quarto
del Turco, oyó que con tiernos
suspiros se lamentaba,
y decia aquestos ècos:
O! desdichado de mi,
que desta suerte me veo,
siendo Principe de Argél,
y ahora estoy prisionero!
Mas lo que llego à sentir,
y mas me lastima el pecho,
es mi muy querida Zayra,
que el ir à verla no puedo.
Ay, Zayra del alma mia!
quien pudiera ser correo,
è ir á llevarte la nueva
del parage en que me veo.
El Amo, que atento escucha,
se metió pronto allá dentro,
y le dice, mira Moro,
juro á ley de Cavallero,
si me cuentas la verdad
de lo que estabas diciendo,
de ampararte en quanto pueda,
y darte libertad luego.
El Turco, le respondió
formando un suspiro tierno,
si me estás atento un rato,
te he de contar mi suceso:
Yo soy Principe de Argèl,
y Señor de todo el Reyno,
y estaba recien casado
con el hermoso compendio
de la Princesa de Tunez,
y ese es el dolor que siento
y aquellos tres que llegaron
aqui en mi acompañamiento
eran deudos muy cercanos
de mi muy querido dueño,
y fue que estando una noche
los quatro tomando el fresco
en las orillas del Mar,
llegò ese Barco sobervio,
y sin poder escaparnos,
nos traxeron prisioneros,
donde estoy à tu mandado;
y asi por Alá te ruego.
que

que me concedais licencia,
para que te escriba un pliego,
dandole cuenta á mi Padre
del parage en que me veo,
que tendreis por mi rescate
un millon de oro muy cierto.
El Amo le respondió
muy cortesano, y discreto:
si es verdad lo que me dices,
desde luego te prometo
el darte tu libertad,
y de ponerte en tu Reyno,
pues vale mas mi palabra,
que quanto tiene un Imperio;
pero el Turco agradecido
metió la mano en su pecho,
y sacando una Venera,
y un Toysón de grande precio,
le dice: toma, Señor,
estas dos prendas que tengo,
y mira que las guardeis,
que son de estimado precio:
el Amo las recibió,
y al punto se despidieron;
se fue donde está su Dama,
contandole este suceso,
le dieron cuenta á su Padre,
y todos tres muy contentos,
el libertar al Esclavo
pues se lo ofreciò Don Pedro,
y con aquestas razones,
abreviando el casamiento
se celebraron las bodas,
donde hoy viven muy contentos
dandole gracias á Dios
Doña Isabel, y Don Pedro.
Dexemos en este estado
este Romance primero,
que en otra segunda parte,
noble Auditorio discreto
darè noticias cumplidas
de esta historia por entero.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.